



Cuadernos del Rebalaje

Número 25 / Málaga. Abril-junio de 2014 / ISSN: 2174-9868

Publicación digital trimestral editada por la asociación cultural Amigos de la Barca de Jábega

EL ORIGEN MITOLÓGICO DEL OJO DE LAS BARCAS DE JÁBEGA MALAGUEÑAS



PEDRO A. CASTAÑEDA NAVARRO

Cuadernos del Rebalaje

es una publicación periódica editada por la asociación cultural
Amigos de la Barca de Jábega

Se autoriza su uso y difusión citando procedencia y autoría

Dirección

Miguel A. Moreta Lara

Consejo editorial

M^a Jesús Campos García

Francisco Chica Hermoso

Eva Cote Montes

J. Felipe Foj Candel

Eulogia Gutiérrez Corral

Francisco Morales Lomas

Miguel A. Moreta Lara

Pablo Portillo Strempe

Coordinación, diseño y maquetación

J. Felipe Foj Candel

En www.facebook.com/cuadernosr y en www.amigosjabega.org se pueden
consultar las normas de estilo de publicación

EL ORIGEN MITOLÓGICO DEL OJO DE LAS BARCAS DE JÁBEGA MALAGUEÑAS



El Ojo de Horus, entre los símbolos del Alto y el Bajo Egipto
(papiro del Imperio Antiguo)

PEDRO A. CASTAÑEDA NAVARRO



Cuadernos del Rebalaje, nº 25



Cuadernos del Rebalaje ©, nº 25
Málaga. abril-junio de 2014

Edita: Amigos de la Barca de Jábega ©
ISSN: 2174-9868

PRÓLOGO

Siro Villas Tinoco
Catedrático de Historia Moderna

Amicitiae causa y unas ya lejanas experiencias comunes en el Rectorado de la UMA son responsables del proemio a un precioso artículo sobre unos ojos pintados en la proa de las barcas de jábega que pueden verse en el rebalaje de la costa malagueña y -algunas veces al año- compitiendo entre sí para mantener vigente una de sus viejas tradiciones marineras.

Pedro A. Castañeda Navarro ha sintetizado miles de años de cultura humana en un enjundioso trabajo en el que (sin enredarse en el tema de los modelos “templario” o “palacial” para explicar el paso de las hordas calcolíticas a organizaciones con una base político-religiosa) profundiza un tema sustantivo que muestra los nexos que posibilitan, consolidan y jerarquizan las relaciones internas de grupos organizados que convivieron en el respeto a tradiciones comunes.

La escasa confianza del hombre en su capacidad para sobrevivir por sus propios medios llevaron, junto al terror a lo que pudiese acontecerle tras la inevitable muerte, a depositar su esperanza en un ser superior - inicialmente seres superiores: entes de razón que tomaron formas antropomórficas-, porque como dijo Voltaire: “Si las hormigas tienen un Dios, este tendrá inevitablemente forma de hormiga”. Y parece inevitable que los sentidos humanos más útiles se condensasen en unas imágenes fácilmente reconocibles en las que concentrar el poder divino para preservar la vida, al fin y al cabo el bien más útil porque, perdida esta, sobran las demás capacidades.

El autor nos ofrece un profundo y muy bien documentado recorrido por mitos y representaciones en general -y por teogonías y figuras mitológicas en particular-, en relación con el tema central del estudio: los ojos que, con diversa morfología y utilidad posibles, aún siguen adornando la proa de las barcas de jábega.

Reconociendo estar poco versado en teogonías e iconologías diversas, tan sólo deseo aportar información sobre la situación vital de los pescadores, una parte de la comunidad malagueña del siglo XVIII que, no habiendo tenido la fortuna de nacer en uno de los grupos sociales relevantes -nobleza

y clero-, pertenecía al pueblo llano, creado por Dios para mantener con su trabajo a los privilegiados, compensando a estos por defenderlos en la guerra y salvarlos para la otra vida. Pero entre los no privilegiados también había grandes diferencias sociales, cuyos extremos estarían representados por un mercader del alto comercio marítimo y un jornalero, e incluso este aun despreciaría a un mendigo o a un esclavo.

Entre los trabajadores manuales con derechos y deberes similares al paradigma del trabajador (el jornalero campesino), el colectivo de los hombres de mar -y más aun el de pescadores- había de soportar las condiciones de vida más degradadas, pues si el labrador o el artesano sufrían las inclemencias del tiempo y de la enfermedad, lo hacían sobre terreno firme que no se tornaba súbitamente en una trampa muchas veces mortal por la acción de vientos y tormentas.

La vida del pescador no solo era más insegura sino también más miserable, pues el pescado no era un manjar ansiosamente demandado por la sociedad, sino una comida de Cuaresma que imponía un mandamiento de la Iglesia, aunque era una obligación que los grupos privilegiados podían sortear fácilmente adquiriendo la Santa Bula. Y para mayor desventura del pescador, la aparición del arte de pesca del “bou” -prácticamente monopolio de los catalanes- había traído la desgracia al arte tradicional esquilmando los caladeros.

Con la pertinente cautela metodológica, la “Matrícula del Mar” (desde 1626), el Catastro de Ensenada (1753) y la fundación del Gremio de patronos, armadores y marineros de Málaga (1774) son las escasas fuentes disponibles para acercarnos a la realidad de estos hombres, a quienes -en número de unos 300- se les atribuyen unos ingresos totales de 40 ducados/año, la mitad de lo que ganaba el marinero de una nave de transporte y un 20% menos de lo que percibía un simple aprendiz de tejero. Y, además, bien conocidos es la intencionalidad de simple recluta militar de la Matrícula, los “redondeos” del Catastro y el objetivo del nuevo gremio, que únicamente pretendía asegurar los ingresos de la Real Hacienda.

Acuciado por la pobreza y la escasez, desamparado por autoridades que sólo lo miraban como mano de obra barata o carne de cañón, el pescador de bajura afrontaba los peligros con su confianza puesta en la Virgen del Carmen y el fuego de San Telmo. Pero no despreciaba las otras ayudas que permanecían en el inconsciente colectivo: unos refugios mentales cuyo conocimiento se trasmitía de padres a hijos por una tradición oral cuya memoria se perdía en la noche de los siglos. Sin duda que ante el barrunto de la inminente tormenta que erizaba el vello de su espalda, acariciar el ojo mágico pintado sobre la proa de su barca no le reconfortaba menos que la muy sentida oración que, angustiadamente, recitaba a su excelsa Patrona.



INTRODUCCIÓN

Rosa M^a Hernández Pallarés
Catedrática de Historia

Corren malos tiempos para las Humanidades. Vivimos en una época que nos empuja a la especialización, a la parcelación de los saberes en compartimentos estancos. En estos tiempos posmodernos —en los que los intelectuales han desistido de ofrecernos «grandes relatos» y cosmovisiones que nos *expliquen* el ser humano en su globalidad—, resulta especialmente emocionante leer un trabajo como el que nos brinda Pedro Castañeda. Porque emociona sentir en cada una de sus líneas el viejo lema de Terencio: «Hombre soy, nada de lo humano me es ajeno». Efectivamente, a este profesor de Historia del Arte—a mi amigo Pedro—, nada de lo humano le es ajeno. Por eso en la exhaustiva investigación que ha llevado a cabo sobre las jábegas malagueñas no duda en beber de todo tipo de fuentes: referencias históricas, literarias, pictóricas, mitológicas, psicoanalíticas... se dan la mano para ayudarnos a entender el origen de esos ojos profundamente humanos de nuestras jábegas. Cuando Pedro Castañeda, humanista a la vieja usanza (porque son muy pocos los saberes que no practica y domina), se ha puesto delante de estas embarcaciones, no ha visto únicamente un motivo decorativo externo: tras esos ojos ha sentido —y nos hace sentir a nosotros con él— las viejas pulsiones humanas que nos empujan a exorcizar nuestros miedos a través del Arte y del Mito.

Si hay algo que este artículo nos demuestra por encima de sus jugosos detalles históricos, es que ante los ojos de una jábega podemos experimentar la misma sensación que ante el dibujo de un bisonte esbozado en lo más profundo de una cueva hace millones de años: ambas siluetas surgen de la naturaleza simbólica de la especie humana. Con nuestra prepotencia habitual, nos hemos denominado a nosotros mismos *homo sapiens*: hombres sabios. Pero, a la luz de trabajos como el que ha elaborado Pedro Castañeda, quizás deberíamos pensar, como hace Werner Herzog, que sería más adecuado llamarnos *homo spiritualis*. Porque no es la Razón la que anida en nuestros genes, sino una sed de espiritualidad de la que el Arte es tan solo la muestra más visible. Los mitos, las religiones, la fantasía son otras muestras que Pedro fusiona perspicazmente en su investigación y que no pueden deslindarse las unas de las otras a la hora de explicar nuestra naturaleza. El ser humano crea símbolos como la araña teje su seda: por instinto.

El trabajo que podemos leer en las siguientes páginas nos resulta especialmente conmovedor porque no se limita a ofrecernos explicaciones técnicas, sino que profundiza en la esencia humana que late en cada uno de nosotros. Por eso el lector de este nuevo número de *Cuadernos del Rebalaje*, aunque esté instalado cómodamente frente a la pantalla de su moderno ordenador, podrá reconocerse fácilmente en aquellos antepasados que hace miles de años decidieron pintar unos ojos en sus barcas para vencer el miedo a los mares embravecidos por tempestades, a los monstruos marinos, a los piratas. Y es que por mucho que cambien los tiempos y las tecnologías, aquellos viejos miedos que echaron raíces en nuestro ser han permanecido inalterados a lo largo de los siglos en cada miembro de la variada pero única tribu humana. Hoy más que nunca sigue siendo necesaria la figura del Humanista que, al escarbar en estas raíces, nos muestra ese fino hilo que vincula a nuestros actuales vecinos del Rincón de la Victoria con los antiguos pescadores sumerios que navegaban por el Tigris y el Éufrates. Se trata de ese hilo que nos hace humanos y que abunda especialmente en aquellos enclaves históricos que, como nuestra Málaga, han visto pasar por sus tierras innumerables culturas: las distintas máscaras de un mismo rostro.

Este hilo —que, como el sedal, es casi invisible para el ojo distraído, pero muy resistente frente a los avatares de la Historia— es el que Pedro Castañeda nos dibuja a través de un trabajo tan riguroso como sugerente. También en esto se aprecia su espíritu humanista. No estamos ante un discurso hermético, dirigido únicamente a especialistas, sino ante las palabras sinceras de alguien que quiere compartir su saber. Cuánto echamos de menos hoy a aquellos sabios renacentistas capaces de combinar la solidez académica con la pasión por la divulgación; aquellos científicos tan preocupados por el rigor metodológico como por la belleza literaria de los escritos con los que comunicaban sus resultados. En alguna ocasión, me he visto en la obligación de desentrañar textos inescrutables de especialistas que pretendían dar forma al vacío con un lenguaje huero. En estos trances, me vienen siempre a la cabeza las amargas palabras que el tío Vanya dedicó al viejo profesor Serebriakov en la famosa obra de Chéjov: «Durante veinticinco años lee y escribe sobre cosas que para la gente instruida hace tiempo que son conocidas, pero que no ofrecen ningún interés para los profanos. Lo cual quiere decir que su trabajo ha sido vano».

Puedo afirmar con rotundidad que, a diferencia del profesor Serebriakov, Pedro Castañeda no ha trabajado en vano, porque él sí ha sabido interesar al experto y emocionar al mismo tiempo al profano. No podía hacerlo de otra manera alguien que lleva ya muchos años inculcando la pasión por la Historia y el Arte a sus alumnos. Entre la superficialidad de los medios de comunicación de masas y la oscuridad de las revistas especializadas, es de agradecer que existan estos *Cuadernos del Rebalaje*, y que este grupo de amigos que apuestan por la divulgación rigurosa y apasionada haya decidido dar voz a un humanista como Pedro Castañeda.



Las barcas de jábega malagueñas son consideradas, por lo común, restos vivos de la cultura fenicia y se piensa que los ojos, situados en ambos lados de la proa, eran dibujados allí por los calafateadores para asustar a los monstruos marinos y piratas que asolaban el Mediterráneo. Ancestrales tradiciones, sin embargo, nos llevan hasta culturas mucho más antiguas que la púnica, perdidas en el espacio común de la fantasía y la historia.

El ojo sagrado es símbolo de la vida, de la creación y de la divinidad: toda una cosmogonía sacra perdida en el origen de la cultura. El referente no es tanto fenicio, en principio, sino posiblemente sumerio, civilización protagonista, de los míticos “pueblos del mar”. Fue esta cultura la que abrió las primeras grandes vías marítimas de Mesopotamia, Palestina, Apulia y el Mediterráneo y, al otro lado, del valle del Indo. La versión ideográfica del ojo se transmitió por herencia a las costumbres egipcias y después a cretenses, griegos, fenicios, romanos, árabes... en un arco temporal que pervive en nuestros días.



Ojo en la proa de la *Araceli* de El Palo (foto Felipe Foj).

Rincón de la Victoria, las playas de El Palo y otros emplazamientos costeros fueron antaño lugares del litoral malagueño donde más barcas de jábega se armaban y donde era más frecuente ver dibujados en el lomo de sus proas las encantadoras siluetas de sendos ojos, que les concedían un algo animado. Aún quedan algunas de estas embarcaciones y aún se mantiene esta hermosa tradición de construir, hoy, verdaderos tesoros artesanales, las pintorescas barcas de jábega, voz derivada de “jabeque” (del árabe *shabbak*, enredar, entrelazar), embarcaciones pequeñas que servían para pescar.

Los graciosos trazos de los ojos, que los constructores de estas naves sitúan secularmente en la proa de estas barquichuelas, llamaron en cierta ocasión nuestra atención, por lo que tienen de original, de arcaico y de fresco. Podríamos darnos un paseo por un Miró o por la cueva de la Pileta y tendríamos resonancias parecidas. Estos singulares rasgos nos trasladan de inmediato al archivo iconográfico de una lejana memoria histórica; arquetipo simbólico inconsciente de las más ancestrales y diversas culturas. De manera caprichosa, casi diríamos naif, los anónimos artistas que perfilan este curioso ideograma sobre las tablas de sus barcas suelen usar pocos trazos, buscando -como ya se hizo hace milenios- precisión, soltura, expresividad y sencillez.

Encontramos ojos redondos, ojos en forma de pez, ojos femeninos, ojos orientalizantes, ojos adormilados, ojos seductores... y todos diseñados con escasez de medios y un encanto especial. Estos botes, vistos de frente, se nos antojan a veces rostros regordetes, llenos de expresividad, rotundos, ingenuos y, en ocasiones, implacables... como la mirada del Pantocrátor de San Clemente de Tahüll.

De manera espontánea algunos malagueños hablan de estas barcas como de restos vivientes de la fecunda cultura fenicia y se refieren al “ojo”, situado en su proa, como si de una especie de señal terrorífica se tratara y que allí colocaban los calafateadores para asustar (en tiempos míticos) a los monstruos marinos y piratas, que asolaban las aguas del Mediterráneo. Algo de eso hay y también demasiada imaginación popular.



Barcas de jábega de Pedregalejo (foto Manuel Salguero).

Es conocido que el ojo pintado o esculpido de mil maneras es ni más ni menos, según el más antiguo rastreo iconológico, que el símbolo sagrado de la vida, ojo creador de la divinidad en la cosmogonía sacra de las primerísimas culturas.

El referente no es tanto fenicio, en origen, sino posiblemente sumerio, meollo meridional de la cultura mesopotámica, relativamente cercana a nuestro viejo mar. Entre el Tigris y el Éufrates, región del Oriente Medio dividida entre el sexto y el primer milenio por el país de Akkad al norte y el país de Sumer al sur, es frecuente la aparición documental y gráfica del apasionante tema de los llamados “pueblos del mar”. Estudiando a los sumerios conocemos que fueron estos, quizás los primeros, quienes abrieron las grandes vías marítimas de Mesopotamia, Palestina, Apulia y el Mediterráneo, por un lado, y del otro, los senderos del valle del Indo, Malasia, Indonesia, China, archipiélagos del Pacífico e inclusive América. En la actualidad muchos autores hablan de estos grandes *pueblos del mar* como de los sumerios en su etapa arcaica, cuyo ideario mítico y cultural presenta demasiadas semejanzas con el espacio mediterráneo, por ejemplo. Otros autores, sin embargo, plantean los orígenes de estos pueblos -tan viajeros- en asentamientos o colonias nilóticas (Pareti, 1990: 127 y ss.).



Barca egipcia navegando entre “ojos divinos” en el papiro de Auanj del Museo Egipcio de Torino (foto Felipe Foj).

Lo cierto es que sumerios y egipcios vivían en la misma y extensa región del mundo y que sus respectivas civilizaciones presentan una ingente cantidad de puntos comunes.

En el tema que nos ocupa, el ojo y el rastreo de sus antecedentes icónicos, encontramos multitud de precedentes iconográficos aislados en estelas o bustos sumerio-acadios, pero donde podemos constatar el origen bien documentado de este símbolo es en Egipto. En efecto, aunque la versión primigenia e ideográfica del ojo sea indudablemente mesopotámica, es la región hermana egipcia la que, a través de su espléndido sistema gráfico, logra concretar en la escritura jeroglífica toda la mitología de “lo invisible”. Los mitogramas de aquellos valles agrarios parten de una cosmogonía por la que el mundo surge del ojo creador y en el sistema zoolátrico egipcio, el halcón, tótem del dios Horus, es portador del poder de “la visión” sobrehumana y se solía identificar con el signo del ojo. Era la encarnación de la agudeza de la mirada justiciera, que en ocasiones aparecía acompañado de un disco solar con alas o acompañado de los símbolos teriomórficos del buitre y la cobra (Gubern, 1987: 2).

A diferencia de la mitología hebraica, poco icónica, al ser lo divino expresión lógico-verbal (*...al principio era el Verbo*), la religión egipcia era más figurativa, más emocional. A Ra, Horus y Osiris, se les solían llamar con el apelativo del “ojo divino”. En el libro de los muertos egipcio, del famoso *Papiro de Torino*, leemos: *en el momento en el cual el ojo divino, durante el recrudescimiento de la*

batalla entre Horus y Seth, estaba por extinguirse, yo le he vuelto a restituir el vigor perdido (Boncompagni, 1990: 156). De otro lado, dada la importancia del culto solar en estas culturas neolíticas, el ojo divino egipcio solía transfigurarse en la metáfora del “sol”, al que también se le invocaba como Ra, Horus, Tum y Osiris. El Ojo de Horus se utilizaba frecuentemente como emblema en todo tipo de amuletos por sus cualidades protectoras y opuestas al mal de ojo. Es la práctica conocida en magia como “oculi”. El ojo sagrado era asimismo motivo de decoración en la punta de los barcos funerarios con el objetivo de que los ojos hicieran de guía al cuerpo hasta las dependencias de Osiris, dios de los difuntos (Hornell, 1923 y 1938). Los egipcios pintaban dos ojos en sus barcas: un ojo solar en la parte derecha iluminado con ocres, naranjas, dorados y amarillos, y otro lunar a la izquierda más sombrío y donde dominaban los tonos azules, blancos y negros.

El elemento solar como arquetipo arcaico del círculo (Jung, 1977: 10) se identifica con el ojo luminoso y lo veremos también representado, envuelto en un manto de fuego, como algo radiante y con forma elíptica, surcando el espacio celeste.

Quadza es el ojo creador egipcio; un ojo deificado, símbolo sagrado de carácter solar, fuente de fluido vital, de fecundidad y de conocimiento. El disco solar es representación parecida al símbolo más antiguo del disco alado (como decíamos) atribuido a Hud, dios primigenio del cielo egipcio. También los asirios y mazdeístas poseían un símbolo similar en el dios Assur y en Ahura Mazda. Según viejas

leyendas, los ojos de Osiris eran pintados por los egipcios en sus veleros del Nilo, como un talismán protector. Los pintaban en la proa y en muchas ocasiones también en los remos. Pues sí, y también en los sarcófagos, para que el viaje a la “otra ribera” fuera seguro.



El Ojo de Horus, flanqueado por los símbolos del Alto y el Bajo Egipto (Nekhbet y Uto). Reproducción de pintura sobre papiro del Imperio Antiguo.

Curiosamente el ojo como símbolo del Sol se da también en las mitologías bretona y gaélica, pero es que además no debemos olvidar que el Dios judeocristiano se ha venido representando, sobre todo desde el Renacimiento, como un ojo inscrito en un triángulo equilátero, metáfora a su vez de la Santísima Trinidad. Además el ojo triangular sin párpado es también un símbolo masón, tema que por otra parte era común -mucho antes- en las urnas etruscas y, por lo que se sabe, como señal de guarda y protección escatológica.

La tradición en este sentido es inagotable. A Jehová en el Antiguo Testamento se le atribuye la omnivisión (...*cuyos ojos están abiertos para ver todos los caminos de los hombres*). Desde entonces aparece repartido en toda la

iconografía mediterránea y en los usos más variados. Por ejemplo, en los textos clásicos de iconología el ojo será símbolo de modestia cuando va encima de un cetro (así aparece la figura del moderador); el ojo será también símbolo histórico de la Prudencia y alegoría de la calidad de la obra: *nuestra actividad debe ser como la del ojo, que con luz propia asimismo se adorna y enriquece* (Ripa, 1987: 61).



Detalle de un ojo triangular en una urna etrusca. Siglo VI a. C. (Museo Etrusco Gregoriano Vaticano) .

Los ojos de las barcas: leyenda e historia

Llegados a este punto parece conveniente preguntarnos ya qué relación existe entre la arcaica figura del ojo mítico y la curiosa costumbre de pintarlo como peculiar motivo en la proa de las naves.

Ya dijimos que los famosos *pueblos del mar* (sumerios para más inri) extendieron su cultura -seguramente la megalítica- prácticamente por todo el orbe entonces conocido. Este afán colonizador y conquistador no estuvo

exento de un importante respeto y ancestral terror hacia los monstruos de las profundidades acuáticas y los abismos que el mar, caprichoso, alimentaba en la imaginación. El mar es lugar, de suyo, inseguro y cambiante, a diferencia de la relativa tranquilidad que ofrecía el pisar tierra firme. Esta ansiedad ante las profundidades, las mareas, las tormentas, las corrientes, unida a la escasa consistencia de las barcazas de aquellas épocas -recordemos que, por ejemplo, asirios y babilónicos usaron para la navegación barcas redondeadas, poco consistentes, como podemos ver en ciertos relieves asirios y en los de Karatape (Pareti, 1981: 127)-, apremiaron a aquellos recios marineros a buscar amuletos y talismanes mágicos para contrarrestar a las oscuras fuerzas malignas que les aguardaban en las inquietantes honduras del mar.



Maqueta de Ümit Durak: reconstrucción del "Phaselus" (<http://latunicadeneso.wordpress.com/>).

Hagamos un viaje atemporal hasta aquellas azules aguas mediterráneas y podremos ver cruzar de costa a costa multitud de embarcaciones que colocaban en sus proas o en el remate del tajamar lo que sin duda fueron los

primeros mascarones de carácter totémico-religioso y entre ellos el motivo figurativo del ojo, en sus más variadas versiones. Fue entonces, con seguridad, el ojo sacro o el ojo divino, numinoso, un elemento exorcizador contra las húmedas bestias malignas y augurio pintado para un venturoso viaje. En los primeros periplos documentados o trabajos escritos que se usaban como cuadernos de navegación, al estilo de los *portolani* italianos de la Edad Media (Pérez de Colosía, 1985: 183-184), se indicaba la situación de los puertos y el tiempo necesario para ir de uno a otro, así como la velocidad media de navegación con mar tranquilo, que era entre cuatro y seis nudos. Desde luego no se podía ir con más cautela, pues era bastante frecuente que las naves zozobranan y no llegaran nunca a puerto. Los culpables de estas tristes desventuras siempre fueron airados *poseidones*, seres del averno, maldiciones sin cuento, sirenas, tritones, nereidas y seres espantosos que poblaban el inconsciente colectivo de aquellos aguerridos, pero ingenuos, marinos y que rellenaban de historias extraordinarias las largas veladas de aquellos viajes.

En la literatura emblemática egipcia se empieza ya a traslucir la asociación iconológica entre el ojo sagrado y el tema naviero:

¡Oh, Ra, tú...

Que reluces como el oro puro en tu disco solar,

Que apareces sobre el horizonte y navegas por un cielo de bronce (Trimegisto, 1996: 35).

De nuevo son los egipcios los que, hábiles calígrafos del trazo jeroglífico, conforman el paradigma icónico del ojo delineado en la proa de las barcas. Ya desde el Imperio Antiguo, en la ritual peregrinación a la necrópolis de Abydos (santuario de Osiris), las almas -según la teología heliopolitana-, antes de contemplar la cara radiante de Ra, habían de cruzar el lago de la Vida o extensión del *Agua Primordial* que rodeaba la Tierra. Aquellas almas puras que hallaban la gracia ante el Barquero o “el que mira detrás de sí”, se elevaban al reino celestial. Es decir, el pasaporte lo daba el vistazo del Barquero o su mirada implacable, que garantizaba, como ojo sancionador, el visto bueno para gozar de Ra (Boulanger, 1979: 106).



Maquetas funerarias con el ojo en la proa. Museo Egipcio de Torino (foto Felipe Foj).

El ojo como emblema comunicativo de luz y divinidad se repite en multitud de escenas jeroglíficas, en barcas que pasean por el Nilo, en figuras asociadas al dios Horus y en infinidad de objetos suntuarios y paneles arquitectónicos. Egipto asumía además el vínculo sumerio de *la nave* y el ojo como elementos emblemáticos de la posterior cultura

occidental, como símil de la mirada vigilante que indica un rumbo fijo o como metáfora “para llegar a buen puerto”: los barcos al gozar de la visión no se perderían y tendrían un buen rumbo. El navío además se transforma en muchos textos antiguos en la imagen literaria del alma, que, realizando múltiples acciones de tipo moral, los elementos ponen a prueba para poder así salvarse de la destrucción final (Benito, 2009: 46).

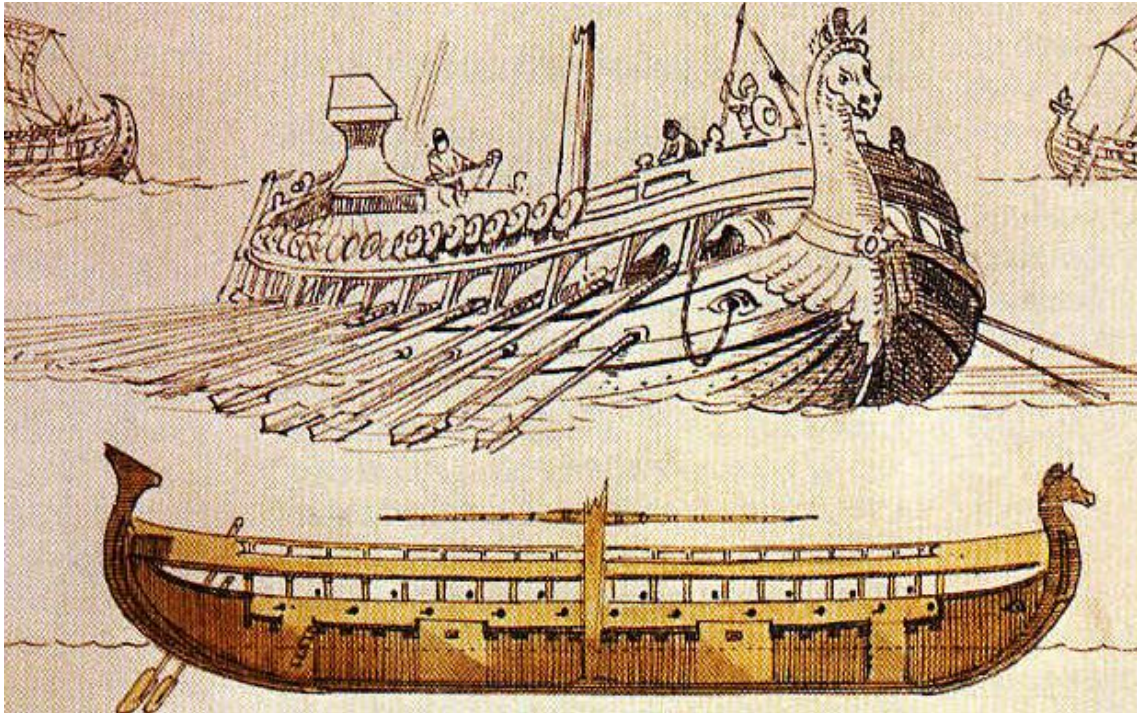


Episodio de las sirenas en el viaje de Ulises representado en una cerámica stamnos del siglo V a.C. (<http://www.britishmuseum.org/>).

La cultura grecolatina repitió, por su parte, en el horizonte de sus expresiones artísticas, la obsesión por representar un “ojo sacro” (los *ophthalmoi*) en las proas de sus naves, que mucho tenían que ver con el don que Atenea -que, según decían, les había ayudado a construirlas- les otorgaba: naves que veían. Alciato, en pleno siglo XVI, en alusiones a la vieja cultura griega, recoge en su *Iconología*, en el emblema CXV, correspondiente al pasaje de Ulises y las sirenas, un dibujo muy significativo: en una barcaza, en una banda lateral, aparece una especie de óculo redondo, a modo de ojo de buey,

junto al mascarón de proa de la nave odisea (Alciato, 1985). Es fácil observar multitud de ilustraciones donde nuestro querido ojo se muestra en los trirremes y en otras barcazas griegas. Incluso en pleno siglo XIX, pintores simbolistas, como Warterhouse, pintaron con un gran sentido documentalista al curioso Ulises arrobado mientras escuchaba los cánticos lúgubres de las sirenas y, cómo no, en la proa de su nave, se perfilaba el susodicho ojo. Los griegos, seguramente, tomaron este motivo de los egipcios, a través de la cultura matriarcal cretense, que por cierto solían dibujar en sus proas las miradas de su diosa Rea.

Por lo que se refiere a los inquietos y negociantes fenicios son estos, es verdad, los auténticos transmisores de las culturas mediterráneas y de lo que daremos en llamar la *ceremonia del ojo*. Los sidonios fueron los verdaderos agentes, en el sentido más genuino de la palabra, de la vetusta costumbre de “ojear” los barcos. Es sabido que, de entre los navegantes del mundo antiguo, los fenicios alcanzaron merecidísima fama por ser los más osados -llegaron hasta la península ibérica- y por su extraordinaria habilidad comercial solo igualada por los navegantes griegos. Utilizaban aquellos dos tipos de embarcaciones: las poderosas *gauloi* (de quillas, cuadernas y puentes levantados) y las barcas destinadas al comercio, de formas redondeadas -similares a las que referimos de los asirios- y parecidas a los barcos helenos, también redondeados y con el casco pintado de bermellón. Todas llevaban sus correspondientes ojos, por si las moscas.



Detalle de la Ilustración de una lámina del *Diccionario de Construcciones Navales* de Rafael Monleón (ca. 1895), referido a una nave fenicia.



La mano de Fátima (la hamza). Talismán árabe centrado por un ojo protector.

Las primeras fundaciones fenicias -desde el siglo VIII al VI a. C.- en la vieja Iberia, las posteriores vicisitudes del cierre del Estrecho a expensas de los cartagineses, el monopolio del comercio y la última época de la dinastía Bárquida en Cartago, fue tiempo más que suficiente para que hoy hablemos de una profunda colonización púnica o aramea, procedente del norte de Siria -precisamente por donde se recibe todo el filtro ritual mesopotámico arcaico-, en la zona meridional de nuestra península, según la teorías más documentadas de González Wagner, Álvar o Whittaker. Esto significó una profunda semitización en la religión indígena y la introducción de cambios y figuras simbólicas, de orígenes remotos en el esquema mágico-religioso del mundo oriental (Blázquez, 1985: 137 y ss.).

Cómo no, la imagen del ojo trazada sistemáticamente en las proas de las embarcaciones fenicias calaría definitivamente en los navíos hispánico-púnicos, persistiendo -por costumbre- esa tradición hasta nuestras populares barcas de jábega. Se introdujeron en nuestras costas los cultos a los dioses fenicios, encontrando aquí aquel meollo litúrgico y esotérico suficiente eco. Es normal reseñar abundantes referencias al dios Melkart, dios de naturaleza marinera y comercial, qué menos, del que ya daba abundantes referencias el mismísimo Estrabón. Es obvio pensar en la importancia que estos cultos tendrían en nuestras culturas autóctonas. Sabemos, por ejemplo, que se levantaron santuarios a la desacreditada diosa Astarté o Istar, reconocida como fenicia, pero de sabida procedencia sumeria

(otra casualidad) y más correctamente llamada Innina, o hija de la diosa de la Luna, conocida por Sin (de maravillosas correspondencias con la encantadora historia del santuario de la diosa Noctiluca en Rincón de la Victoria). La diosa Astarté, entre otras atribuciones, era diosa de la guerra, asociada a la defensa de las naves y lazo de unión entre el reino de las tinieblas y de la luz. De nuevo una semejanza con el barquero aquel de Egipto que transportaba las almas, llevándolas hacia la luz y cuyo nombre era *el que mira para atrás*. Una recurrencia del tema de la visión. El asunto del ojo como emblema de vigilancia, cuidado, antídoto o amuleto protector es bien antiguo y era muy frecuente verlo pintado, con más o menos fortuna, en la zona de proa de variadas embarcaciones como advertencia anatematizadora. Las barcas con ojos se transformaban por magia simpática, es decir, por un principio de analogía, en monstruos, a su vez oculados, que se enfrentaban -con las mismas armas- a aquellos espeluznantes seres marinos con los que podían toparse. El arma del espanto y del terror. La ley del más fuerte.

Fantasía e historia se mezclan muy a menudo y lo que en un principio fue solo, quizás, el humilde lugar del escobén (abertura por la que se da paso en la zona de proa al cable del ancla), poco a poco mezclado con metáforas y asimilaciones obvias acabó siendo el ojo o, mejor dicho, los ojos del barco, animado al navegar. En barcasas fenicias o griegas a veces era normal ver dos escobenos a cada lado de la proa. Griegos, como Pólux o Hesiquio, hablaron

de estas zonas de las proas como de “las mejillas coloreadas” (en Grecia era normal pintar esta zona de minio) y de ahí a imaginar un rostro y transformar aquellas dos aperturas en dos ojos con sus pupilas y sus cejas, solo había un paso: el de los imaginativos pintores que les dieron estas formas. Por lo común, el lugar ocupado por el dibujo del ojo en aquellas embarcaciones tenía un evidente valor funcional y práctico, al menos inicialmente. Abundan los ejemplos. Es el caso de la representación de una nave, del tipo llamado “barco de Tarsis”, en un sarcófago de Sidón, del siglo II d. C., en cuya proa se observa el relieve de un ojo-escobén cerca de la pequeña vela auxiliar, situada en esa zona y que servía para virar de bordo. También, en el fragmento de una lámina del *Diccionario naval* de Monleón observamos cómo, justo de la pupila del ojo -trazado en la proa de una barcaza fenicia- sobresale la cadena correspondiente al ancla.

Sabemos que los romanos, perfectos transmisores de las viejas culturas, llevaron asimismo esta curiosa práctica del “oculus” a los más remotos confines del Asia oriental, pero es que ya, mucho antes, sobre el siglo IV a. C, los generales de Alejandro Magno, costeano, dejaron algunas de estas costumbres por los mares Índicos. Conocemos asimismo que los árabes preislámicos usaban estas prácticas en sus bajeles para ahuyentar las tentaciones de los *djins* o demonios de la naturaleza y seguramente, gracias a ellos, acabaron recalando en el Lejano Oriente, quizás a través de las exóticas rutas de la seda o del incienso, o por los

mares asiáticos. Los árabes islámicos, estigmatizados por el Corán para realizar imágenes, olvidaron este asunto y no volvieron a pintar ojos antidemonios en sus barcas, pero, por si acaso, llevaban sobre sus pechos guerreros la mano de Fátima, que conocemos de manera genérica como la *jamsa*: hay cientos de ilustraciones medievales y actuales (en los zocos del mundo árabe es fácil de encontrar) donde aparece, justo en el centro de este hermoso medallón protector, un ojo, como debe ser.



Embarcaciones del Delta del Mekong (Vietnam) (www.volver.asia/2011/02/ojos-en-proa-una-antigua-supersticion.html).

El mapa ocular es hoy de lo más extenso. Hoy se siguen pintando en las proas de algunas barquichuelas de pesca chinas (zona del sudeste), birmanas, malasias, hindúes..., ojos de las más variopintas maneras. Los chinos, por ejemplo, pintaron desde siempre -en las amuras de sus naves- unos ojos bien redondos (ojos de dragón, ojos de renacuajo y ojos de fénix), convirtiendo así sus embarcaciones en unos grandes peces de bambú o de madera.



Diseños de ojos de proa en embarcaciones del Río Mekong (www.volver.asia/2011/02/ojos-en-proa-una-antigua-supersticion.html).

En Vietnam, donde es frecuente ver botes con ojos pintados muy curiosos, cuenta una leyenda que existía un terrible pez, Ngu Tinh, que podía tragarse de un solo bocado un barco entero con diez hombres. En una lucha terrible, un valiente héroe legendario, Lac Long Quan, lo mató e indicó después a los agradecidos pescadores que pintaran dos grandes ojos en la proa de sus barcos con la intención de asustar a las futuras terribles criaturas que pudieran encontrarse en sus rutas (Hornell, 1938: 13 y ss.). Bastante lejos de allí, en Zanzíbar, por ejemplo, en plena costa africana del Índico, pintan ojos también en las popas de los barcos.



Proa de una barca de Malta (foto Martínez Bermejo).

En un viaje virtual por el mediterráneo actual, es fácil descubrir barcas oculadas en Turquía, en Italia, por las isletas del Egeo, en muchas barquillas de Túnez, Libia, Marruecos, Argelia, Chipre o en la isla de Malta, donde -por cierto- los ojos de sus coloreadas y chillonas barcas (los *luzzus*) adquieren protagonismo teatral: son ojos maquillados, ensoñadores, medio velados, seductores. Encantadores.

Mucho más al oeste, en algunos lugares de la costa atlántica portuguesa, es fácil hoy ver esta, ya podemos decirlo, casi universal práctica. Los pescadores portugueses de Nazaré, preguntados por esta costumbre, suelen hablar de “ojos-guía”, faros pintados para que los navíos encuentren el camino más seguro. En Cataluña e incluso en el País Vasco, hemos visto algunos de estos ojos.



Ojo en una barca de Palermo (foto Carlo di Franco en www.palermoweb.net).

El afán y la obsesión por preservar a los navíos de los inciertos peligros del mar y la necesidad de seguridad y buena guía, dio también como consecuencia la extraordinaria aparición de auténticas máscaras, lo más terroríficas posibles, en

las proas de muchos barcos de la antigüedad. Lo que en principio, quizás, fueron unos simples ojos mágicos, en algunas culturas acabaron convirtiéndose en los famosos mascarones de proa, rostros enteros, no ya ojos, cabezas y cuerpos detallados de animales fuertes o terribles: dragones, leones, bichas, cocodrilos... Posiblemente se alternaran ambos elementos, ojos y mascarones, con la intención de asegurar aún más la tranquilidad de los marineros. Tema este también apasionante, el de los mascarones de proa (Troanes, 2011: cap. 3).

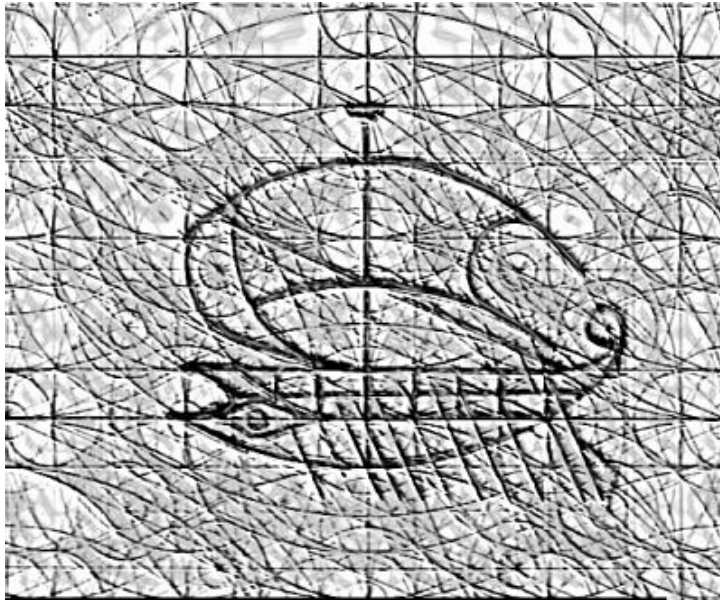


Nave romana en un mosaico tunecino (<http://wikipedia.org/wiki-Piratería>).

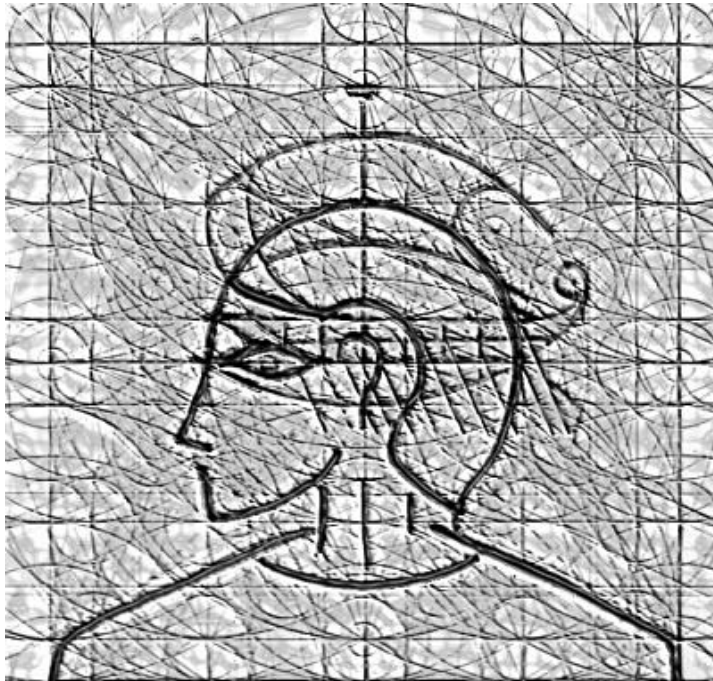
Ciertamente, tras este brevísimo apunte por las fuentes documentales del “ojo”, no podemos sustraernos a comentar algo más acerca del componente terrorífico que la tradición popular siempre quiso ver en el uso tradicional de “pintarle ojos a las barcas”. Las proas de las embarcaciones no dejan de parecernos simbólicos rostros, el elemento facial de la nave que asoma entre las aguas y la dirige. Si la sede del pensamiento y de lo más profundo y reconocible del ser humano era el rostro y de manera singular el ojo, los ojos que miran y penetran en el mundo para reconocerlo, también las

entidades divinas concentraban su poder esencial en el Ojo totalizador (así se representan a veces las portadas literarias del *Gran Hermano* de Orwell), y por ende, la proa de una nave, como cuerpo físico que recorre los mares, se convertía en la parte más expuesta y arriesgada: la cabeza de aquel pez de madera.

La cara del barco se transformaba así en el soporte ideal para adornar, disfrazar o atemorizar a todos aquellos que pretendieran dañar su casco o su rumbo. No es descabellado pensar en el uso reiterado, sobre todo por parte de los navíos de guerra, de los famosos mascarones de proa, que desde luego, en principio, tuvieron un carácter totémico: una especie de fachada mágica para invocar la benignidad de los desconocidos monstruos marinos -que los había de toda clase y rareza, según la imaginación de los poetas que los cantaran- y para congelar el corazón de los atrevidos aventureros que, en aguas desconocidas, osaran interrumpir su trayecto. En el interesante texto sobre geometría sagrada y la aplicación de arquetipos matemáticos en la naturaleza y el arte, caso del número phi y otros números “sagrados”, usados indistintamente por los egipcios, los pitagóricos, los euclidianos, la matemática árabe y la astrofísica moderna, Weilenmann aporta un par de dibujos curiosos sobre la relación cabeza, nave, ojo, donde la nave oculada como símbolo intelectual surge, según estos principios matemáticos, de una cabeza ideal en la que el casco de la nave es un cráneo simbólico, cuyo ojo justamente se halla situado en el lugar de la proa, que se perfila como un rostro [ver dibujo] (Weilenmann, 2011: 29).



Antigua nave mediterránea, con el clásico ojo en la proa.



Aproximación antropomórfica a la inclusión del ojo en el diseño de las naves antiguas.

Ilustraciones de geometría estáurica de Osvaldo Weilenmann
(<http://ekokultur.blogspot.com.es/2012/04/geometria-sagrada-version-antigua.html>).

El comercio asirio, por ejemplo, para el transporte de los fragantes troncos de cedro procedentes del Líbano, usaba pequeños navíos, cuya proa era la cabeza de un caballo de ojos desmesurados, atributo del dios del viento. Poco a poco, quizás, la sagrada esencia del “ojo vigilante” fue dejando paso a un simple motivo, las más de las veces decorativo, olvidándose a lo largo de los siglos su ilustre pasado.

Algunos apuntes literarios

Nos vamos a encontrar, surcando los mares de la leyenda, las figuras de los engendros y horrores más curiosos y sugerentes. Queremos acudir, aunque sea brevemente, a textos literarios antiguos y a ciertas aportaciones de la Historia del Arte.

¿Qué mitología marina, asociada al mundo de la navegación y del tema *ojo-mirada*, existe? En realidad una infinidad de pistas de múltiples disciplinas, a cual más sugerente. Permítame el lector aportar algunas notas.

Los llamados *mitos de la mirada* o del ojo se inician en los albores culturales de la humanidad -como casi todo-, siendo los griegos y con posterioridad el universo altomedieval y renacentista los grandes difusores del lenguaje emblemático. Un capitel de la nave lateral norte de la iglesia de Chanteuges, en Francia, nos sirve para iniciar un corto discurso. Aquí,

un grifo monstruoso de piedra coloca su cabeza sobre la proa de una barca, destacando en ella un ojo inmenso a la manera egipcia, de frente y bien remarcado. Este motivo iconográfico responde a una ya larga tradición de temas similares en la región del Alto Loira y del valle del Ródano, siempre con rasgos de tipo egipcio. Es el viaje fúnebre del alma en donde el grifo, que es el *monstruo andrófago*, la engulle para hacerla acceder al cielo, o bien el símbolo del alma humana en su viaje por la vida. Mito este que se da también en el universo cultural celta y en muchísimos otros pueblos o que aparece en la simbología mitológica, igualmente, de los sueños universales (Sun, 1975: 102). En los relatos vikingos leemos que los feroces guerreros del rey Harald se colocaban muy juntos en la proa de sus *drakkars* y atemorizaban a cuantos veían ya que llevaban pintados en sus redondos escudos unos fríos ojos azules (Hall, 2012: 74).

La tradición del repertorio del *bestiario medieval* sin duda llegó en parte a Europa y al marco mediterráneo desde Egipto, vía copta, y desde Jerusalén y Mesopotamia, cribado por las Cruzadas y cientos de peregrinaciones.

Los mitos asociados a la visión presentan siempre una notable incidencia de los efectos del “mal de ojo” que, por cierto, no inventó la brujería del Medievo: miradas torvas, asesinas, aterradoras, fulminantes... están presentes en cientos de relatos de la Antigüedad... *en los confines de Etiopía, no lejos de las fuentes del Nilo habitaba, Catoblepas [...] y todo*

hombre que le ve los ojos cae muerto (Plinio, VIII: 32). Monstruos marinos son el *kraken*, caracterizado indistintamente como una enorme serpiente o un pulpo monstruoso, o el *zaratán*, culebra de mar que aparece repetidamente en la literatura árabe. Y más: el *Argyropelecus*, el Celacanto, los monstruos porcinos... Lugar común de la literatura fantástica era el Dragón, también conocido por el “Neptuno de las naves”, que *cuando sube a la superficie de los océanos produce remolinos y tifones*. Cuatro o cinco dragones se abrazan y forman una especie de embarcación, con las cabezas fuera del agua, comenta Borges (Borges, 1999: 131).

Aún hay más: el bellissimo mito de la nave como metáfora del “caballo del mar”, ligerísimo e hijo del viento, que solo salía del agua para fecundar a las yeguas de la tierra. Una leyenda griega poco conocida habla también de los terribles hijos del viento o de las ninfas oceánicas, que habitaban en el mar y cuya sola visión podía provocar la locura y, si estaban desnudas, la muerte.

Pues bien, estos y otros muchísimos temas eran las imágenes preferidas de los relatos que se narraban entre los navegantes, y de las que nacían fabulosos cuentos e historietas, proporcionando un inmenso caudal de información figurativa en las proas de los barcos. Los propios cartagineses, por ejemplo, esculpían en las proas de sus naves, la horrenda esfinge de Pigmeo, divinidad marina, con el solo objeto de aterrorizar a sus enemigos.

Comentábamos al principio las posibles semejanzas entre la forma plana del pez y el perfil del ojo de las barcas malagueñas. Posiblemente no hubiera intención consciente en los ingenuos dibujantes de proas de la historia mediterránea, pero no hay duda de que aparecen unificados en algunas ocasiones, no tanto por la similitud de perfiles sino por la devaluación progresiva de culturas que fueron heredando ciertas fórmulas plásticas y las fueron repitiendo indefinidamente.



El ojo-peze, símbolo universal, en las proas de la *Victoria* y de la *Rosario* y *Ana*, barcas del Rincón y de Nerja, respectivamente (foto Felipe Foj).

De cualquier manera si el ojo está asociado a los temas celestiales, en el sentido de vigilante cósmico, el pez - como grafismo- ha sido en toda su historia un signo de evidencias sagradas y usado a la par en las culturas de los valles agrarios y más tarde en la iconosfera de las tradiciones grecolatinas y cristianas. Recordemos por ejemplo que el pez formaba parte del anagrama de Cristo: el *ictus*.

En los pictogramas egipcios, Abtu y Anet eran dos peces idénticos y sagrados que nadaban ante la nave de Ra, para advertirlo contra cualquier peligro. La asociación de ideas con el par de ojos de las barcas de jábega está servida.



Detalle de ojos acuáticos en el grabado del hueso de Lorthet (Altos Pirineos, Francia). Magdaleniense medio. Museo de Saint Germain-en-Laye (<http://musee-archeologienationale.fr/>).

En las pinturas y grabados rupestres naturalistas y esquemáticos es muy frecuente encontrar el grafismo del ojo-pez, como un símbolo de difícil delimitación, pero quizás de connotaciones mágicas. Es interesante observar, pongo por caso, los trazos pectiformes de las pinturas del *Letrero de Huéscar* (Granada), muy próximas a la figura de una especie de hechicero. En el hueso grabado de Lorthet (Francia) hay un par de ¿ojos o peces? flotando junto a un reno que cruza una corriente de agua. Un carácter mágico deben tener también las representaciones de animales sobre las téseras de *hospitium*, como las del campamento romano de Cáceres, con

pez. Y un carácter mágico, igualmente, tenía la costumbre saíta de pintar ojos a la altura del vientre y en los pies de los féretros de sus muertos, entendidos aquellos como las naves que guardaban los cuerpos incorruptos de sus reyes. Ya se sabe: “tu ojo derecho es la barca de la tarde, tu ojo izquierdo es la barca de la mañana” (Lurker, 1991: 52-53). El tema sería interminable.

La literatura está llena de temas marinos que evocan el mito primigenio del dios-pez o el hombre-pez mitificado. Lovecraft, en el mito de Chtulhu, habla de un dios que yacía en el fondo del mar, mandando sobre unas criaturas híbridas medio hombres medio peces. Hay unas referencias, por paralelismo, con las historias del cronista babilonio Bel-Usur, historiador de la antigua Sumer, que habla de unos extraños monstruos, medio hombres medio peces, que conducidos por Oannes salieron del Golfo Pérsico y se establecieron en las ciudades costeras sumerias.



El delfín-barco lleva sobre su lomo un niño para hacerle un viaje dulce y apacible. Emblema de Alciato (www.emblematica.com/es/cd04-alciato.htm).

Entre Arlés y Aviñón, un dragón mitad bestia y mitad pez se ocultaba en el agua y mataba a los forasteros y hundía las naves. Dice el mito: “[...] y había venido por el mar de Galasia y había sido engendrado por Leviatán, crudelísima serpiente de agua y por una bestia, de nombre Onagro” (Crespi i Mas, 1988: 34 y ss.).



Zapato-barco diseñado en 1983 por Didier Legrand y modelo de zapatillas de pez oculado de Garvalín (www.didierlegrand.com/ y www.garvalin.com/).

Cuando Quevedo, burlándose de cierto personaje de su época, escribía sobre sus enormes pies y de sus zapatos hacía burla, tachándolos de *albarcas de filisteo*, no andaba muy descaminado, pues zapatos y barcos han sido de antiguo imágenes de correspondencia y objetos de sustitución. Van Gogh pintó un par de famosas botas viejas, como único tema de uno de sus cuadros y habló de esa pintura, refiriéndose a un viaje futuro. A una nueva senda. Muchos zapateros han diseñado zapatos, simulando las formas de redondeados o picudos barcos. Son famosas ciertas zapatillas *Vans* de los años 90, zapatos-barcos *vintage* o nuestros famosos náuticos de verano... y algunos de ellos, maravilloso inconsciente, llevan sobre la zona del

empeine un par de originales ojos. *L'oiseau électrique* de Didier Legrand de 1983 y los zapatos-pezu de Garvalín de 2013 son bonitos ejemplos de ello [*ver ilustraciones*] (Moutashar, 1985: 73).

Mitos, literatura e historia, esoterismo y magia empiezan a fundirse en esta hermosa tradición de dibujar ojos en las barcas de jábega malagueñas y quizás sea el propio mar, o la mar, que más bien tiene rango de diosa, la que guarde celosamente los secretos eternos del tiempo.

No es casualidad que en el puente cultural y mítico, desde el antiguo Sumer a las costas andaluzas, sea hoy la costa oriental malagueña la que haya conservado una tradición tan antigua como el hombre: dar vida a sus barcas de jábega, animándolas con ideogramas de ojos intensos y bien despiertos, como los ojos picassianos. No es casualidad, porque Málaga fue siempre el crisol de viejísimas culturas y puerto abierto a leyendas, cuentos, historias, relatos, poesías y olvidadas fábulas. ¡Si las barcas de jábega pudieran hablar!

¡Qué los dioses del mar nos sean propicios!

Pedro A. Castañeda Navarro.
Profesor de Historia

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALCIATO (1985): *Emblemas* [edición de Santiago Sebastián], Madrid, Akal.
- BENITO GOERLICH, José María (2009): “La barca solar en el arte del antiguo Egipto”, en *Ars Longa. Cuadernos de Arte*, nº 18, pp. 33-50, Valencia, Universidad.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, José María (1987): “Magia y religión entre los pueblos indígenas de la Hispania antigua”, en *Religión, superstición y magia en el mundo romano*, pp. 137-158, Cádiz, Universidad.
- BONCOMPAGNI, Solas (1991): “Los caminos del alma en el Antiguo Egipto (el libro de los muertos)”, *Más allá de la Ciencia*, nº extra, nov. 1991, 156-162.
- BORGES, Jorge Luis (1999): *Nueve ensayos dantescos*, Madrid, Espasa.
- BOULANGER, Robert (1979): “La pintura egipcia”, en *Historia de la Pintura*, tomo 1, Bilbao, Asuri.
- CRESPI I MAS (1988): *Animales fantásticos*, Barcelona, Alonga.
- GUBERN, Román (1987): *La mirada opulenta. Exploración de la iconosfera contemporánea*, Barcelona, Gustavo Gili.
- HALL, Jennie (2012): *Cuentos vikingos*, Barcelona, Erasmus.
- HORNELL, James (1938): “Boat oculi survivals: additional records”, en *Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, vol. 68, julio-diciembre, London.
- HORNELL, James (1923): “Survival of the use of oculi in modern boats”, en *Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, vol. 53, Julio-diciembre, London.
- JUNG, C.G. (1977): *El hombre y sus símbolos*, Barcelona, Caralt.
- LURKER, Manfred (1991): *Diccionario de dioses y símbolos del Antiguo Egipto. Manual del mundo místico y mágico de Egipto*, Barcelona, Índigo.
- MOUTASHAR, Michèle (1985): *Monstres sacrés*, Arles, Anduze.
- PARETI, Luigi [et alii] (1990): *Historia de la humanidad: el mundo antiguo*, Barcelona, Planeta.
- PÉREZ DE COLOSÍA RODRÍGUEZ, M^a Isabel (1985): “Un modelo de embarcación con fines didácticos en el siglo XVIII”, en *El barco como metáfora visual y vehículo de transmisión de formas. Actas del Simposio Nacional de Historia del Arte (C.E.H.A.)*, Málaga, Universidad.
- PLINIO (1938): *Historia Natural*, tomo VIII, Madrid, Gredos.
- RIPA, Cesare (1987): *Iconología*, Madrid, Akal.
- SUN, Soliatan (1975): *El significado de los sueños*, Barcelona, Martínez Roca.
- TRIMEGISTO (1996): *El Kybalion (estudio sobre la filosofía hermética del antiguo Egipto y Grecia)*, Madrid, Edaf.
- TROANES, María Hortensia (2011): “La sala de los mascarones de proa”, en *Nuevo Hacer (Revista Internacional de Poesía)*, Rosario.
- WEILENMANN, Osvaldo (2011): *El ADN de la cultura estaurica: Geometría sagrada y geometría estaurica*.



La Santa Cristina, botada en 1990, presenta óculos de inspiración tradicional. En la imagen, en su playa de varada de Pedregalejo (foto Felipe Foj).



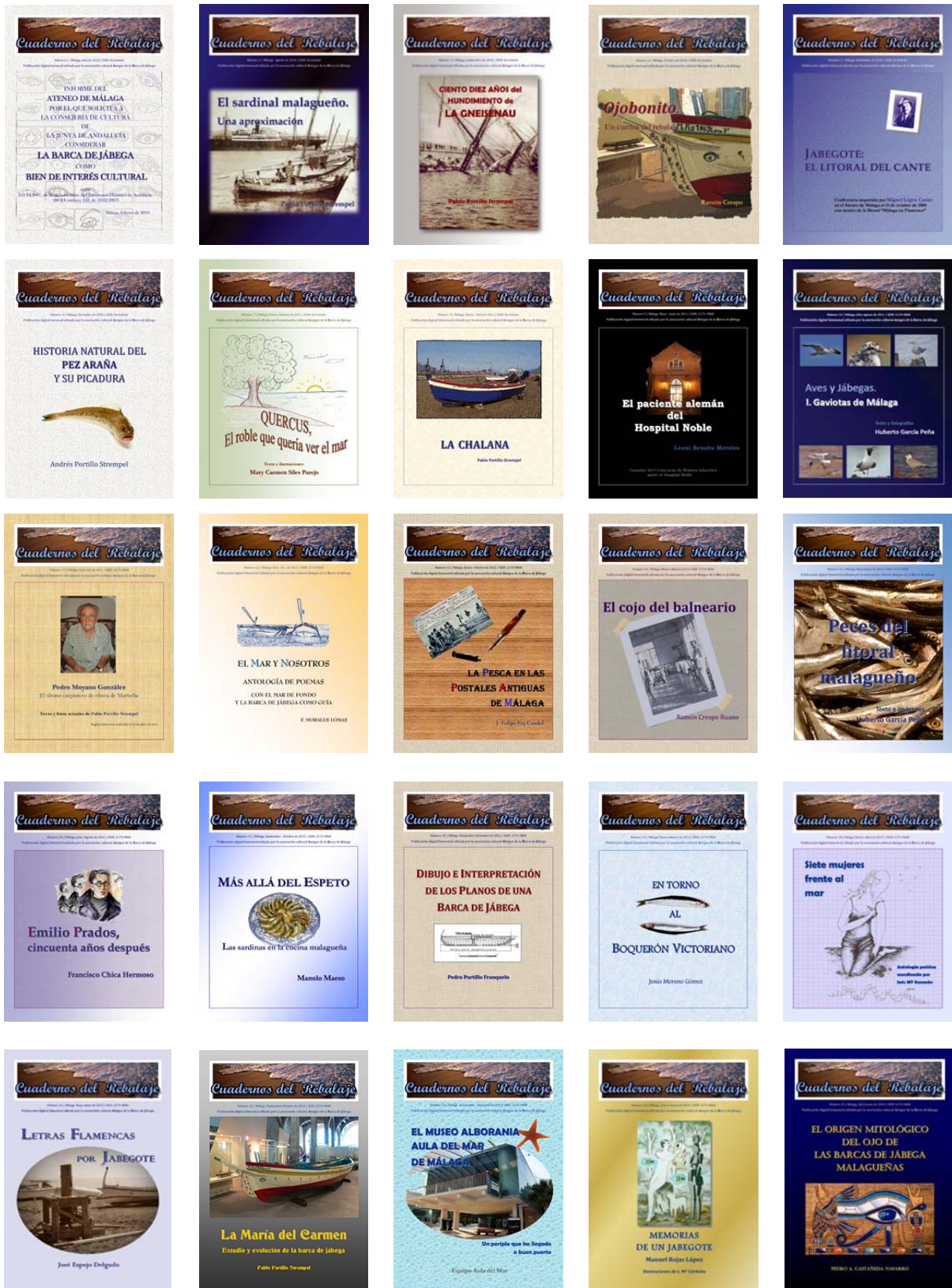
Selección de ojos de barcas antiguas y actuales en un cartel de la asociación Amigos de la Barca de Jábega (según diseño de Pablo Portillo).

Colección Cuadernos del Rebalaje

Núm. y título	Contenido	Autor/es
1 / LA BARCA DE JÁBEGA. INFORME PARA EL ATENEO DE MÁLAGA	Informe	Pablo Portillo/Felipe Foj
2 / EL SARDINAL MALAGUEÑO. UNA APROXIMACIÓN	Ensayo	Pablo Portillo Strempel
3 / 110 AÑOS DEL HUNDIMIENTO DE LA GNEISENEAU	Ensayo histórico	Pablo Portillo Strempel
4 / OJOBONITO. UN CUENTO DEL REBALAJE	Cuento	Ramón Crespo Ruano
5 / JABEGOTE: EL LITORAL DEL CANTE	Conferencia	Miguel López Castro
6 / EL PEZ ARAÑA Y SU PICADURA	Ensayo científico	Andrés Portillo Strempel
7 / QUERCUS. EL ROBLE QUE QUERÍA VER EL MAR	Cuento	Mary Carmen Siles Parejo
8 / LA CHALANA	Ensayo	Pablo Portillo Strempel
9 / EL PACIENTE ALEMÁN DEL HOSPITAL NOBLE	Cuento	Leoni Benabu Morales
10 / GAVIOTAS DE MÁLAGA	Ensayo científico	Huberto García Peña
11 / PEDRO MOYANO GONZÁLEZ. EL ÚLTIMO CARPINTERO DE RIBERA DE MARBELLA	Entrevista/Memorias	Pedro Moyano/P. Portillo
12 / EL MAR Y NOSOTROS-ANTOLOGÍA DE POEMAS	Poesía	Francisco Morales Lomas
13 / LA PESCA EN LAS POSTALES ANTIGUAS DE MÁLAGA	Ensayo histórico	Felipe Foj Candel
14 / EL COJO DEL BALNEARIO	Cuento	Ramón Crespo Ruano
15 / PECES DEL LITORAL MALAGUEÑO	Ensayo científico	Huberto García Peña
16 / EMILIO PRADOS, CINCUENTA AÑOS DESPUÉS	Ensayo literario	Francisco Chica Hermoso
17 / MÁS ALLÁ DEL ESPETO	Ensayo	Manuel Maeso Granada
18 / DIBUJO E INTERPRETACIÓN DE LOS PLANOS DE UNA BARCA DE JÁBEGA	Monografía	Pedro Portillo Franquelo
19 / EN TORNO AL BOQUERÓN VICTORIANO	Ensayo	Jesús Moreno Gómez
20 / SIETE MUJERES FRENTE AL MAR	Poesía	Inés María Guzmán
21 / LETRAS FLAMENCAS POR JABEGOTE	Ensayo literario	José Espejo/Miguel López
22 / LA MARÍA DEL CARMEN. ESTUDIO Y EVOLUCIÓN DE LA BARCA DE JABEGA	Monografía	Pablo Portillo Strempel
23 / EL MUSEO ALBORANIA AULA DEL MAR DE MÁLAGA	Reportaje	Equipo <i>Aula del Mar</i>
24 / MEMORIAS DE UN JABEGOTE	Memorias	Manuel Rojas López
25 / EL ORIGEN MITOLÓGICO DEL OJO DE LAS BARCAS DE JÁBEGA MALAGUEÑAS	Ensayo histórico	Pedro A. Castañeda Navarro

Acceso libre a todos los números en www.facebook.com/cuadernosr y en www.amigosjabega.org

PORTADAS





Pedro A. Castañeda Navarro



Licenciado en Historia del Arte por la Universidad de Granada (1978), es profesor de Geografía e Historia de Enseñanza Secundaria. En la actualidad es jefe del departamento de Geografía e Historia del IES Los Manantiales de Torremolinos.

Colaborador de la Consejería Provincial de Bellas Artes de Granada (1976-1985). Director del Inventario del patrimonio arquitectónico de Granada y provincia, Ministerio de Cultura (1979-1983). Coordinador del área de documentación en el Centro de Tecnología de la Imagen de la UMA (1988-1993).

Autor de diversos libros y artículos especializados, ha sido coordinador del curso *Investigación y documentación de los recursos turísticos rurales andaluces*, UMA (1989) y ponente en otros varios relacionados con su materia. Jefe de documentación de la *Enciclopedia Electrónica de Andalucía* de la UMA para la Expo 92, Sevilla (1992). Especialista en documentación en el *Proyecto Intercultural Mediterránea* por la UMA, Aix-en-Provence y Milán (1992-1993).

Becado para investigar por el Ministerio de Cultura y por la U.I. Menéndez Pelayo de Santander. Premio de Investigación de la Caja de Ahorros de Granada por el libro *El Barranco de Poqueira, planificación urbana, desarrollo socio-económico y posibilidades turísticas* (Granada, 1980). Medalla de Bronce en el 33rd Annual Awards Competition of the International film and TV Festival de Nueva York como guionista de la *Enciclopedia Electrónica de Andalucía* (1993). Primer premio en la categoría de Video Interactivo de la VI Muestra Nacional de Video y Cine de Empresa (CEOE, 1992).

Siro Villas Tinoco

Doctor y catedrático de Historia Moderna, premio extraordinario de licenciatura y doctorado, y premio “Málaga de Investigación”. Vicerrector de Extensión Universitaria, decano de la Facultad de Filosofía y responsable de investigación del proyecto *Poder y Municipio*. Participó en dos grupos internacionales: “Leyes Suntuarias en Europa” y “Studio e valorizzazione del sistema defensivo della Corona di Spagna”.

Profesor invitado en la Universidad de Passau. Ha dirigido tesis doctorales (4) y memorias de licenciatura (8) de Historia Moderna y codirigido proyectos de final de carrera (2). Es autor de libros (8), capítulos (30) y ponencias, comunicaciones y artículos (164). Director científico de congresos (3) y comisario de exposiciones (4). Es numerario de la Academia Malagueña de Ciencias, de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo y correspondiente de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes.

Rosa M^a Hernández Pallarés

Nacida en Lleida, se licenció en Geografía e Historia por la Universidad de Zaragoza. Catedrática de Historia desde 1994. Profesora de Secundaria en los IES *Camilo José Cela* (Campillos) y *Los Manantiales* (Torremolinos) en los que fue vicedirectora y jefa de departamento.

En su carrera docente ha organizado y coordinado diversas jornadas educativas en colaboración con el CEP de Málaga. Creó y organizó la *Escuela de Padres* (subvencionada por FEDAPA) emitida en la TV de Torremolinos (2002-2004). Asimismo ha pronunciado en distintos centros educativos de Málaga conferencias relacionadas con el tema de la mujer. En la actualidad está jubilada y forma parte de la compañía de teatro *Neuquen* creada y dirigida por Pedro Castañeda.



**Ayudarte
no es estar
contigo
a veces.**

**Es estar
de tu parte
siempre.**

www.obrasocialunicaja.es



Unicaja

Obra Social

De **tu** parte

ISSN 2174-9868



977214986002